



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(Isidoro Fernández Flórez.—*Fernanflor.*)



—¿Y qué haré yo en la Academia?  
¡Recitar cuentos *profundos*  
al conde de Cheste, para  
que aprenda á tener buen gusto!

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Respeto, por Luis de Ansoarena.—Ella!, por Eduardo de Palacio.—¿Amenaza?, por Felipe A. de la Cámara.—Mendugencias, por Felipe López Colmenar, Ignacio García y Ramón Cabillo.—Paliqne, por Clarín.—Buena memoria!, por Juan Pérez Zúñiga.—Chismes y cuentos: Carta abierta, por Sinesio Delgado.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Isidoro Fernández Flores (Fernanflore).—Un postergado.—Veraniegas (cuatro viñetas).—La sirena.—El horizonte político, por Cilla.



## (Á CILLA, EL INFELICE)

Mi querido amigo y compañero: En el último número de este periódico, que viene á ser una especie de claustro materno donde tú y yo vivimos hace años como los Hermanos Siameses, unidos por una membrana común que se llama Sinesio, he visto tus preciosos dibujos representando tí-

pos y costumbres de Figueira, donde estás pasando el estío, ó el *lastio*, hablando más propiamente.

No debe de ser flojo el que os abruma á ti y á Eduardo Muñoz, cuando declaras paladinamente al pie de un dibujo que «os pasáis la monótona existencia mustios, tristes y en el más completo abandono á la puerta de la confitería de Escanillas».

En otro dibujo aparece mi humilde persona recibiendo «á los nobles, á los potentados, á los reyes y á los grandes de la tierra que se han venido á Espinho este año, arrastrados por mí»; y con esto no estoy conforme, querido Cilla. Yo no los he arrastrado; se han venido ellos solos, atraídos por la fama que goza Espinho dentro y fuera de Portugal.

Mientras Muñoz y tú, á la puerta de la confitería de Figueira, bostezáis como unos infelices, aquí, Larrubiera, Jordán, *Meeachis*, Perrín, dos condes, tres marqueses, un duque y otros varios títulos del reino y ultramarinos, sin contar diez ó doce generales, exministros, académicos, altos funcionarios, banqueros y artistas de reputación, vivimos entregados al placer y no nos queda tiempo para cumplir con nuestras obligaciones domésticas.

Baste decir que estoy escribiendo esta carta á toda prisa, porque en la calle me esperan diez ó doce amigos que me dicen á cada momento:

—Vamos, hombre; concluya usted eso pronto... El placer nos espera. Las horas transcurren veloces. Vivir es gozar.

Ayer tuvimos en la *Asamblea* un magnífico cotillón; dos horas antes en el Salón Braganza había dado una sesión de *experiencias maravillosas* el profesor Aycard; por tarde y noche hubo conciertos en el café Peninsular, el *Chines*, club *High life* y salón Oporto, y tuvimos además paseo, carreras de velocípedos, serenatas con *fado*, y otras diversiones á cual más dulces.

Yo, en medio de tanto placer, no hacía más que acordarme de mis desventurados amigos de Figueira, y de cuando en cuando se me enublaba la faz.

—¿Qué tiene usted?—me preguntaba Perrín.—¿Por qué esas nubes en el rostro cuando la felicidad nos rodea?

Y yo contestaba:

—Me estoy acordando con lágrimas en los ojos de Cilla y de Muñoz, que arrastran una existencia monótona á la puerta de la confitería de Escanilla... ¡Desgraciados!

\*\*\*

Sí, querido Cilla, en Espinho se desconoce el aburrimiento. Á las confiterías sólo se va á comer pasteles y á beber riquísimo vino de Oporto, y no hay nadie á la puerta entregado á la monotonía.

Los que vienen de Figueira á conocer esta playa sin rival, se admiran al ver la suntuosidad de los salones de baile, la elegancia

de los bañistas nacionales y extranjeros y la animación que reina por doquier.

Por falta de costumbre, la mayor parte de los viajeros procedentes de Figueira llegan aquí y se marean con el ruido, tanto que un farmacéutico de esta playa vende un agua milagrosa contra los dolores de cabeza producidos por el cambio de localidad. El agua se titula: *Poderoso é insustituible remedio contra os que nao tenhen hábito de ser felices é desconhecen os encantos da praia d'Espinho.*

\*\*\*

Antes te decía, mi querido amigo, que tenemos aquí gran número de aristócratas procedentes de España y Ultramar. Por tener, hasta tenemos un negro que ostenta el glorioso título de vizconde del Betún, por haber sido limpiabotas de un capitán general de Cuba.

Ha llegado con su familia y pienso celebrar con él una *interview* para que me diga todas las vulgaridades sobre la guerra que antes de ahora hemos oído de labios de otros personajes conocedores de aquel país.

Tenemos también en la colonia de españoles distinguidos un conde de la provincia de Cuenca que está parando en una casa amueblada y trae de en país un jamón, seis kilos de garbanzos de buena cochura y el pan necesario para toda la temporada.

La condesa lava por sí misma la ropa del conde y le plancha los cuellos postizos.

En fin, este año se ha reunido aquí una baraja de personajes á cual más ilustres, con excelente ropa y maneras distinguidas.

Ahora esperamos una remesa de títulos portugueses sobre los catorce ó quince que ya hay.

Con esto y con una compañía de *chanteuses* franceses y españolas que va á funcionar en el teatro *Aliança* y unas corridas de toros que se proyectan, Espinho adquirirá todavía mayor animación de la que ahora tenemos y aumentará, por consiguiente, mi pena recordando que, mientras nosotros gozamos á más no poder, Muñoz y tú, á la puerta de la confitería, arrastráis una existencia monótona, sólo endulzada por el antiguo *clown Chito-Chito*, que hace juegos malabares en la vía pública, ó por las dos hermanas de Villagorriño que bailan sevillanas en el casino Mondego.

\*\*\*

Adiós, querido Cilla. No me parece mal que envíes mi suerte; recibid Muñoz y tú un abrazo cariñoso y Dios os dé resignación y á Escanilla paciencia y parroquianos.

Sabes cuánto te quiere tu amigo y compañero

Luis Taboada

\*

## Respeto.

I

—¡Cosa más extraña!—  
pensé yo, leyendo  
la certz en que Lola  
cedía á mis ruegos —  
Consiente en la cita  
y en que la hable... pero...  
¡caso igual no he visto!  
me cita en el templo.—  
Cuando yo pensaba  
realizar mis sueños  
(que no eran muy puros,  
como se va viendo),  
la joven sentía,  
sin duda, gran miedo  
y fuerte barrera  
levantaba ante ellos.  
¡Lo que, francamente,  
me era muy molesto!  
—Iré, al fin—me dije,—  
no hay otro remedio...  
Cedamos ahora,  
que después... ¡veremos!  
pues si á tan extraño  
capitche me alego,  
descubro mis planes  
¡y todo lo pierdo!—  
Y á la hora indicada  
dirigíme al templo.

II

Estaba éste hundido  
en sombra y silencio...  
una luz tan sólo  
brillaba á lo lejos,  
cual gota de sangre  
sobre fondo negro...  
En las altas bóvedas  
se perdía el eco  
que formaba el ruido  
de mis pasos lentos,  
y en sitio apartado  
del tranquilo templo  
vi el perfil confuso  
del hermoso cuerpo  
que ponía en loca  
conmoción mis nervios.  
¡Rezaba Dolores,  
fuerza á Dios pidiendo  
contra los impulsos  
del traidor deseo?  
No sé, porque el cuadro  
me dió tal respeto  
y de tal manera  
cambió mis intentos,  
que, olvidando todo  
mundanal anhelo,  
invadida el alma  
por aquel misterio,

detuve mis pasos,  
la miré en silencio,  
me incliné ante un Cristo  
y salí del templo.

## III

Calma de un instante  
que hizo surgir luego  
con mayor impulso  
rebeldes empeños...  
Murió lo que en tales  
casos queda muerto...  
Puso ella sus labios  
cerca de mis besos;  
mi ardiente cabeza  
descansó en su seno;  
y fuimos felices...  
como pueden serlo  
los que ven la sombra  
de un gigante espectro,  
que con paso rápido  
se adelanta á ellos  
y trae la amenaza  
de apagar el fuego.

y dejar helados  
el alma y el cuerpo!  
Y ella, al ver tan cerca  
de mi amor el término,  
sin légrimar casi  
ni triste lamento,  
—¡Lo pensé!—decía—  
Ya ves... no me quejé...  
¡Era el fin preciso  
de amor como el nuestro!  
El afán se extingue...  
Muere sin remedio...  
Pero no te acasos...  
¿Tienes culpa de esto?—  
Y al ver que ella, humilde,  
doblaba su cuello  
al golpe que hundía  
sus más dulces sueños,  
aunque el amor mío  
trascendía en hielo,  
me inspiraba aquella  
mujer más respeto  
que... ¡el que sentí el día  
que la vi en el templo!

Luis de Ansorena.

★  
¡Ella!

Y fué en la mejor casa del pueblo donde nos hospedamos: como fué en la del alcalde.

¡Cómo serían las otras! Imaginen ustedes. Posada no la había, «propiamente hablando», porque ni en ella podía parar un arriero, ni cabían las pulgas de la familia.

Al decir del alcalde, que nos acogió con suma bondad, en la posada se había repetido el caso de muerte por asfixia, ocasionada por las pulgas de la casa.

Poco más de seis metros en cuadro, incluyendo corral y cuadra para una bestia sola, sin asistencia, sería la superficie de la casa del alcalde.

El mobiliario en el piso bajo consistía en seis sillas de Vitoria, una mesa de las de pino con zagalejo verde, cama de caoba de antigüedad respetable y con chinches de la época, para matrimonio municipal, catre de patilla y cruzado, ó sea de madera y tela, con jergón de paja de maíz, lo mismo que la cama conyugal.

Algunos cuadros representando santos de los más conocidos y peor iluminados y una cómoda con sus cuatro cajones y tiradores como «clavos romanos».

Y no había más. La hija de aquel matrimonio era una preciosidad de rostro y buena moza de veras, aunque silvestre de su natural y por «ata-vismo».

—Los señores ingenieros caben en todas las casas buenas; lo mejor es para los señores ingenieros.

—Como que tienen dinero y pagan bien. Todo esto decían los lugareños de los ingenieros que iban á estudiar una línea ó á replantear el trazado para empezar las obras.

Y decían con fundamento. Ya han variado mucho las gentes y las costumbres. —Aquí no estarán ustedes bien del todo—estimaba la alcaldesa, —pero mejor que en la posada y que en medio de la calle, de seguro.

—Y luego la confianza, el saber que pueden dormir tranquilos, sin miedo á que les pase nada, no se sabe lo que vale.

—Hombre, sí se sabe. —Que en este pueblo hay pocas comodidades. El alcalde llamaba comodidades á las personas honradas. ¡Pero qué hermosa era la muchacha y qué agradecida! Cuando miraba, abría aquellos ojazos negros y potentes de tal suerte que parecía como si sintiese apetito para devorar á cualquiera.

¡Amable á ratos, servicial, y además hija del alcalde! Era un buen partido.

Y no sé lo que tenía aquella mujer, que me inspiraba á un tiempo cariño y respeto.

—¡Si le viera á usted el novio hablando conmigo! Empecé por el formulario para damas y galanes silvestres.

Como se dice á los niños como pie para la conversación: —¿Tú sabrás leer y escribir y serás bueno?

Alguno suele contestar con ingenuidad: —Tampoco.

Y la muchacha respondió como suelen todas: —Si no tengo novio.

¡Qué candidez! ¡Qué sentimientos tan puros y virginales! ¡Pobrecita!

—Esta chica se ha enamorado de mí—le dije al compañero. —Pues no es despreciable.

Cuando la encontraba en compañía de su vaca, en alguno de aquellos prados, me extasiaba mirándola.

¡Qué figura tan esbelta! No le faltaba más que la firma de Casto Plasencia al pie.

Por fin me decidí á pedirle una cita para su misma casa, puesto que ella no quería salir, ni en broma.

Llegó la noche, y mi compañero y yo nos acostamos. La cama se organizaba en seguida: unas mantas sobre el suelo del zaguán empedrado.

En aquel lecho era preciso mucho cuidado para no romperse un hueso contra la lana.

Pero á todo «se hace el cuerpo». Después de cenar casi «opíparamente», nos entregamos al sueño.

Cuando se madruga y se trabaja en el campo, se duerme después «en la punta de una bayoneta», que dice la gente.

A eso de la medianoche desperté afortunadamente, y oí ruido de pisadas.

—¡Qué imprudencial!—pensé.—Ella tal vez... Fíense ustedes de las castas divas.

Callé, y levanté la cabeza de la maleta que me servía de almohada.

Y casi en mi oído sentí el aliento... de ella... su aliento. Extendí una mano y tropecé con un brazo suyo «todo peludo»; quise continuar mis investigaciones, y...

Una cerilla que encendió mi compañero nos salvó de morir reventados «involuntariamente por parte de ellas».

Sus ojos mirando á los míos, su morro junto á mi boca... Así estaba cuando se «hizo la luz».

Era la vaca, que se había escapado del corral, y venía á visitarnos.

Eduardo de Palacio.

★  
UN POSTERGADO



—Aquí donde ustedes me ven, soy la única persona á quien no ha pedido consejo el general Arcabarraga.

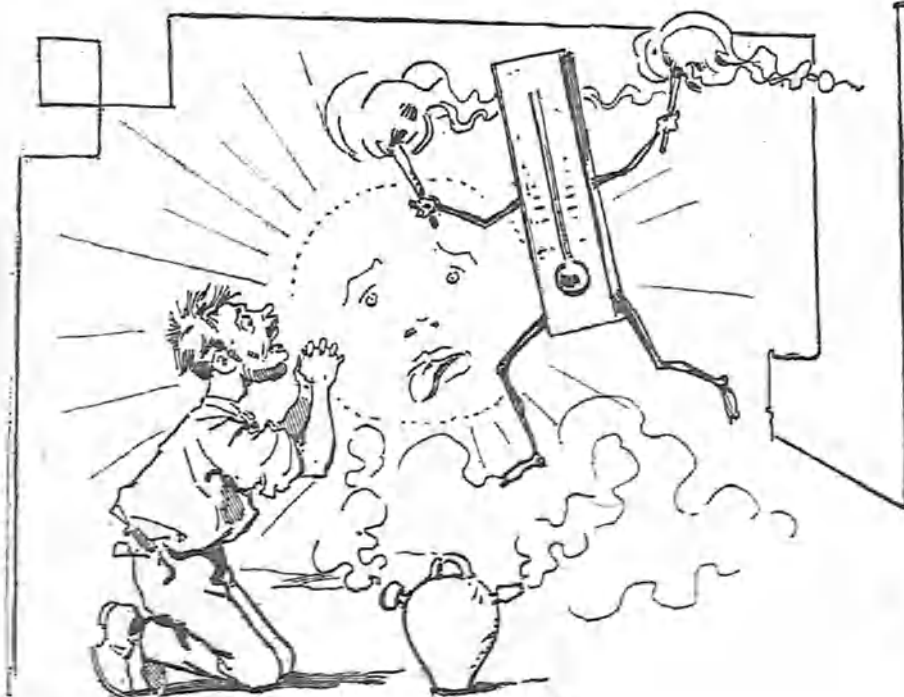
# VERANIEGAS



—Diga usted, guardia, ¿qué haría usted conmigo si me metiera ahora en el  
 pilón de la Cibeles?  
 —¡Toma! Llevarle a la prevención.  
 E—¿Y está fresca la prevención?



—Tiembo de que llegue el mes de Septiembre, porque vuelven los chicos de la grandeza y quedo relegado al segundo término.



E—¡No persistas en tu idea maldita de disolvernos, y baja! ¡Baja aunque sea a los profundos infiernos!



—El Estado ¡no cuida de sus servidores. En lugar de mesas de escritorio, que no nos sirven para nada, debían poner 'grifos de éstos. Y así... ¡hasta madrugaría uno para ir a la oficina!

## ¿Amenazas?

El otro día, jugando,  
sin saber cómo ni cuándo,  
por un brazo te cogí  
y un gran pellizco te dí,  
del que aún te estás lamentando.

En esto no hay duda alguna;  
pero hoy, conmigo enfadada,  
me dices que, «por fortuna,  
de mis ofensas, ni una  
quedará sin ser vengada».

Dices que vas á enseñarme,  
sólo por avergonzarme,  
tu lindo brazo derecho,  
¡por ver si llega á asustarme  
el cardenal que te he hecho!

¡No lo llegues á intentar!  
Mira que, si á realizar  
llegas amenazas tales,  
¡pronto te voy á llenar  
el cuerpo de cardenales!

Felipe C. de la Cámara.

\* ]

## Menudencias.

Luis, el constructor de coches,  
tuvo hace un año una herencia  
muy respetable de un tío  
que se le murió en América.

Pero al ver que pasa el tiempo  
y el dinero no le entregan,  
dice que con mucha pri a  
está haciendo diligencias.

FELIPE LÓPEZ COLMENAR.

[\*\*

Las hogueras del infierno  
de mujeres son formadas,  
de las morenas el humo  
y de las rubias las llamas.

Dicen que vas á ser monja  
y no sientes vocación,  
Cansada de engañar hombres,  
quieres engañar á Dios.

IGNACIO GARCÍA.

\*\*

—¿Quieres entrar de ordenanza?  
le pregunté á Baldomero.

Y él me contestó:—No quiero,  
como tomándolo á chanza.

—De jardinero querrás  
entonces...

—¡Cal No, señor.

—¿Por qué?

—Porque eso es peor.

¿Dejar dinero? ¡Jamás!

RAMÓN CUBILLO.

## La sirena.



—Tiempo seco, la mar bella,  
muchos señores con guita...  
¡Aquí está la Margarita  
para quien quiera algo de ella!

## PALIQUE

Estos conservadores tienen el don de la prosa.  
No es que sean buenos prosistas, sino que todo se les convierte  
en pedestre y vulgarísima prosa.

La muerte de Cánovas tenía, en sí, cierta grandeza, y entre Ro-  
mero Robledo y Puga se la han ido quitando, en cuanto de ellos  
podía depender.

Lo que está haciendo Romero para convertir la herencia de Cá-  
novas en una cuestión como la de los mercados, ó los consumos,  
ó las zonas, no hace falta recordarlo. Quiere que al fin  
ó Bosch ó las zonas, á gritos, las cigarrerías romeristas.

Pero no se trata aquí de eso. Se trata de Puga, el famoso funám-  
bulo jurídico, que no ha mucho hacía alarde de burlarse del dere-  
cho, en nombre de la ley... de las circunstancias.

Puga, el periclitito y gárrulo gallego, ha saltado otra circular...  
aguda, como todas las suyas.

El fiscal del Supremo escribe supremamente mal, eso ya se sabe;

empieza un párrafo y no lo sabe concluir; dice que se dirige á sus  
subordinados «para expresar la suprema necesidad de que hay que  
utilizar todos los recursos que la ley, etc., etc...»

Y lo que Puga quiso decir no es eso, ya se ve; pero eso dice.

Y lo de menos es lo mal que escribe, y las cosas cursis y ridí-  
culas que se le ocurren.

Lo grave es que manda á los fiscales que *vigilen* la prensa, para  
formar causa en cuanto adviertan que «directa ó veladamente se  
hace la apología del anarquismo, de sus adeptos ó de sus aten-  
tados.»

Por de pronto, el Sr. Puga debía distinguir de anarquismo y  
anarquismo, para evitar que sus subordinados se equivoquen. Hay  
un anarquismo perfectamente legal, inocente, hasta bonachón,  
cuyos partidarios, en revistas y libros, en España y en todas par-  
tes, predicán sin que nadie les vaya á la mano. Los anarquistas  
teóricos, que opinan que el hombre es naturalmente bueno y que  
solo por culpa de la coacción del Estado se hace malo, sostienen  
que debe dejarse á la virtud el imperio y que sobran gobiernos y  
medios coercitivos si la sociedad se rige por su propia naturaleza,  
no coartada.

¿Se atrevería Puga á prererder por anarquista, v. gr., á Tolstoi,

que predica, y retendiendo sacarlo del Evangelio, el principio de la no resistencia, porque quiere que los buenos lleguen á predominar sin valerse nunca de la fuerza que emplean los malos?

Esta clase de anarquismo, inofensivo como el sólo, ¿qué tiene que ver con la dinamita, los asesinatos, etc., etc.? Pero es anarquismo; el verdadero.

¿Es ó no lícito, señor fiscal, profesar y predicar la idea de que el hombre no necesita gobierno? Es lícito. Luego debió distinguir la circular.

¿Y qué me dicen ustedes de la frasecilla medio francesa *hacer la apología*? ¿Qué tecnicismo es ese, para un fiscal del Supremo? ¿Cree el Sr. Puga que escribir circulares desde el Supremo es como *hacer fondos para La Atalaya Ultramontana*, de Monforte, ó para *El Adalid retrógrado*, de Valdeorras?

Sabe Dios lo que puede entender por *hacer la apología* cualquier fiscalite por esos pueblos de... (¡ay! en paz descansen. Ya no son suyos).

«Directa ó veladamente.»

¿Cuándo estará uno seguro de no estar haciendo una apología, con velo, del anarquismo?

El encargo del fiscal se parece al que le dan á un demente en *Cuerdos y locos*, de Campoamor. Le confían la custodia de un oficial detenido, con el encargo de que *no le deje moverse del sitio*. El loco, sable en mano, amenaza al oficial con degollarle, porque falta á lo mandado.

—¡Pero, si no me muevo!—grita el oficial espantado.

—¡Se mueve usted un si es no es!

contesta el loco, echando fuego por los ojos y blandiendo el sable.

*Un si es no es*, en el caletre de un fiscal caliente de cascos, puede serlo cualquier cosa. «Directa... ó veladamente.» ¡*Un si es no es* de apología!

«Ni al anarquismo, ni á sus adeptos.» Es decir, que si á un adepto del anarquismo le *hacen*, no una apología, sino una atrocidad, v. gr., le dan tormento... ¿no se puede defender al anarquista? ¡No! Porque acaso, acaso, veladamente se está haciendo su apología.

¿Quién es más valiente, un fiscal que al amparo de la fuerza del Estado hace juegos malabares con las leyes, ó un anarquista que se coloca en situación en que sabe que de fijo pierde la vida? El fiscal. Porque decir otra cosa sería hacer la apología, con ceñales, de los anarquistas.

\*\*\*

De modo, que apenas me atrevo á decir que... no hay mal que por bien no venga; y que del mal el menor.

La muerte de Cánovas (q. e. p. d.) fué un mal para él, para su familia, para su partido, acaso para la dinastía, y un suceso lamentable y digno de compasión para todos. Pero... no de la muerte de ese señor, sino de las consecuencias de esa muerte, pueden venir bienes para España: v. gr., la destrucción del partido conservador, la victoria del progreso sobre la reacción, el despertar de las energías liberales del país, etc., etc.

Pero todo esto, aunque sea verdad, no puede decirse. Porque Puga, ó cualquier *Pugulín* de por ahí, pueden entender que eso es defender, con velo, la anarquía.

\*\*\*

El matador de Cánovas ha dicho que los anarquistas de armas tomar se han convencido de que no debe emplearse la dinamita, porque ésta mata justos por pecadores. Y él ha empleado medios en que no hubo exposición más que para la víctima señalada. Por este procedimiento, el criminal tiene más seguridad de herir á quien quiere; pero es á costa de mayor peligro para sí, y con la ventaja de que no hay peligro para *tercero* (ó terceros, porque suelen ser cientos y miles).

Claro está que es horroroso que haya fanáticos que se *erijan* en jueces y en verdugos, y ejecuten sentencias absurdas, matando *sin competencia* (suponiendo que haya quien mate con derecho), sin pruebas, sacrificando al inocente, muchas veces, sólo porque el fanatismo lo crea culpable.

La sociedad necesita defenderse contra esos *aficionados* de verdugo, contra esos *dilettantes* de la pena de muerte.

Pero... ¿no es preferible que maten á la *persona* designada, sin exposición de los demás, y que renuncien al medio bárbaro de la destrucción por grandes masas, y á bullo?

Parece que sí.

Desde este punto de vista, el asesino de Cánovas ha hecho algo muy malo, sin duda, pero menos malo que lo que hicieron los que mataron tantas personas inocentes en el Liceo, en la calle de Cambios Nuevos, etc., etc.

Yo he sentido mucho la muerte de Cánovas, y ya lo ha dicho muchas veces, y lo diré siempre que sea oportuno; pero declaro que hubiera sentido más que el bárbaro asesino hubiera soltado una bomba en el comedor de Santa Agueda, y hubiera causado la muerte de docenas y docenas de *bañistas*, menos ilustres, sin duda, que D. Antonio, pero tan inocentes como él, por lo menos.

Bueno; pues esto no se puede sostener, si Puga no quiere; porque puede entenderse que es defender veladamente la conducta del infortunado fanático que mató á Cánovas.

Claro que será una atrocidad entenderlo así; ¿pero no hay fiscalites atroces?

¡El mismo Puga no es bastante atroz!

\*\*\*

Sean ustedes francos, señores reaccionarios.

Lo que ustedes quieran es que en los funerales de Cánovas, como en los de los pueblos antiguos, y algunos modernos, haya sacrificios. Quieren ustedes que al difunto le acompañen en el viaje, ya que no la viuda, algunos esclavos.

¿Y quién mejor, para seguir al muerto á la región de las sombras, que los pobres periodistas, parias eternos del partido conservador?

Y ese es el encargo que Puga da á los fiscales, que le maten á disgusto unos cuantos periodistas, para hacer con ellos una buena hoguera en los funerales solemnes del jefe de la tribu conservadora.

Clarín.

## ¡Buena memoria!

No he conocido hasta el día hombre de tanta memoria como don Blas Chirimía, coronel de infantería de guarnición en Vitoria.

Lee trozos de aquí y de allá, y aunque parezca que no, al cabo de un año ya y qué hace, de pe á pa repite lo que leyó.

Aunque olvidario procura, recuerda á cualquiera hora los centímetros de altura que tenía el padre cura que le unió con su señora.

Leyó una vez uada más la Biblia al señor don Blas, y hoy la suelta sin trabajo por arriba, por abajo, por delante y por detrás.

Hace poco me dijeron entre su señora y él cuántos garbanzos comieron el día que le ascendieron á teniente coronel.

De sus muchas excursiones recuerda cien mil detalles; en fin, sabe los balcones que llenan todas las calles de todas las poblaciones.

Tiene sus distintos grados bizarramente ganados, y se malla en este momento al frente de un regimiento de novecientos soldados.

Pues el hombre, de por sí, como la cosa más obvia, conoce ya el nombre de

cada cual y el de su novia, y en dónde nació y por qué.

Verás, lector, finalmente, la prueba más elocuente de que es verdad lo que digo en el diálogo siguiente que tuvo don Blas conmigo:

—Mi memoria tan estupendo recuerda—me dijo—á un tal Ginés García y Melendo que murió de general.

¡Parece que le estoy vitando!

—¿Á Ginés? Usted exagera.

—¿Yo exagerar? ¡Buena fueral!

—¿Pues cuándo murió Ginés?

—Veintidós años y un mes antes de que yo naciera.

—¿Y afirma usted todavía que se acuerda de García?

¡Hombre!... ¡Vaya usted á la gloria!

—¡Pues eso es tener memoria, lo demás es tontería!

Este ¡oh lector! es don Blas,

¡Tiene cosas más curiosas!

En fin, ¿se puede hacer más que recordar hasta cosas que no se han visto jamás?

Pues al hombre que hay hoy día de memoria más notoria,

al buen don Blas Chirimía, coronel de infantería

y prodigio de memoria,

le habe un día de prestar cien duros en Santander,

y ¡cosa particular!

¡ya no se ha vuelto á acordar el maldito de cocer!

Juan Pérez Zúñiga

## CHISMES Y CUENTOS

CARTA ABIERTA

Amigo Cilla: En todos los paquetes de *monas* me envías una carta, generalmente escrita con lápiz, pidiéndome que te conteste largo y tendido dándote noticias. Pues, hijo, har de saber que no tengo tiempo, y como no quiero quedar mal contigo, allá te va la contestación en *Chismes y cuentos*, con lo cual mato dos pájaros (como diría Zúñiga), y me ahorro una horita de trabajo, que es lo importante.

Verano más seco, más aburrido y más caluroso que el presente no pienso conocer otro en mi vida. Dicen que España atraviesa una terrible crisis económica, pero el caso es que os habéis ido á veranear todos los amigos, y si no fuera por Palacio que amenaza *este* tardes con su inagotable ingenio, y por Chaves que endulza las primeras horas de *mis* noches contando aventuras de Felipe IV y de Fernando VII, ya me habria entregado á la más horrosa de las desesperaciones.

Empezaré contándote un secreto que te va á saber á gloria.

Al público no le importa tres cominos eso que estamos haciendo de la España al terminar el siglo XIX, y que tantas fatigas y sudores nos cuesta.

¡Pero ni lo que se dice tres cominos!

En las siete provincias que van publicadas, ni una sola persona ha tenido curiosidad por saber lo que decíamos de su tierra, y por consiguiente ningún correspondiente ha aumentado el pedido, ni poco ni mucho; pero donde la bruma ha llegado al colmo ha sido en la de Barcelona.

Te acuerdas de la *polijer* de Eldorado, del desahite de la casa *Sert*, de las excursiones al Tibidabo, á Valvidrera, á Miramar y á Sans, de la *comideta sofisticada* entre Villanueva y Sitges, de la desesperante lluvia de Vich, de Sabadell y de Tarrasa, del paseo entre Igualada y Vilanova del Camí, del hambre de Mataró, del miedo del Montserrat, de las *cañerías* inútiles por Manresa y del dinero gastado en la expedición?

## El horizonte político.



El caso es que si se deshace la combinación Silvela estos dos se fastidian. Porque precisamente habían hecho recientes declaraciones de moralidad para ver de ponerlas en práctica... desde un gobierno civil de segunda clase.

Pues lo mismo hubiéramos adelantado con que el obrero sin trabajo de Calatayud nos hubiera tirado por la ventanilla y allí se hubiera acabado la historia.

Porque á pesar de haber empleado siete suplementos con cien fotograbados en hacer una descripción detallada de la provincia, en Barcelona, la capital, se han vendido cincuenta y cinco ejemplares menos que de ordinario, porque, según parece, los barceloneses se han ido á pasar el estío en las torres; en Mataró, donde se vendían trece, el pedido ha quedado seducido á once; en Sabadell, de diez hemos descendido á cinco, y en Tarrasa, Martorell, Granollers, Igualada, Manresa, etc., etc., seguimos vendiendo... tres, cuatro... ¡todo lo más seis ejemplares cada semana!

Si á esto se añade que mis auxiliares cumplen lo peor que pueden, y en el momento de entrar este número en máquina llegan los fotograbados de Burgos, cuyos originales remití al taller hace un mes justo, comprenderás que esté como Sánchez Pastor, cuando no sabía si ir á Sevilla ó comprar un perro; es decir, que no sé si seguir escribiendo para mí solo (porque estoy seguro de que ni tú mismo has leído una línea de los apuntes), ó mandar todo á freir espárragos y ponerme á escribir zarzuelitas para Rómex, que ahora, con las reformas, dicen que va á quedar muy bonito.

Ya habrás visto por los periódicos, si es que en Figuera has perdido la costumbre de no enterarte de nada, que aquí no ocurre novedad alguna. Seguimos entreteniéndonos en publicar listas de los que asistieron al entierro de Cánovas, y de los que mandaron coronas, y de los que tuvieron tarjeta para los funerales. Con lo cual varios apreciables sujetos aprovechan la ocasión para salir en letras de molde, que es á lo que se tira.

Si te habrás chocado que, á pesar de la sangre vertida para lograr que todos seamos iguales ante la ley, la de Sanidad no se cumple siempre en lo que se refiere á enterramientos; pero sabrás, en cambio, que si tienes alguna desgracia de familia (lo que Dios no quiera) no te separarás de los restos del ser querido hasta que te dé la gana.

Otros dos asuntos, que parecen uno solo, han llamado la atención estos días.

El primero se refiere á la concesión de título y pensión á la ilustre viuda del que fué presidente del Consejo de ministros.

Lo del título nos ha parecido bien á todos, porque nada más justo; pero en lo de la pensión ya no hay unanimidad de pareceres, porque á algunos ignorantes se nos figura que no estamos ahora para dispensar,

grandes ni chicos, *máxima más* cuando la interesada, á Dios gracias, no necesita auxilio ni socorro de ninguna clase.

La otra cuestión es la de la estatua. Varios caballeros, que por cierto se apresuraron á rectificar los planes gubernativos del difunto, echaron á volar la especie de que el Estado debiera erigir inmediatamente un monumento á su memoria. Sin tener en cuenta que la presente generación *no es quién* para juzgar los méritos del gran hombre, y que ese trabajo corresponde á la posteridad, que podrá hacerlo con serenidad de juicio y conocimiento de causa y sin las trabas que impone la pasión política.

Figúrate tú que andando el tiempo se demostrara plenamente que el insigne estadista se había equivocado en su sistema de gobierno, y que, á consecuencia de esta equivocación se había empobrecido el país, no habían podido prosperar la industria ni el comercio ni la agricultura, se había entronizado el favoritismo influyendo hasta en las decisiones de los tribunales de justicia, y se habían perdido las colonias. ¿Qué papel haría entonces la estatua?

Claro está que no se demostrará eso nunca, porque á la vista salta que ha sucedido todo lo contrario; pero ¿qué trabajo les costaba esperar á esos aduladores de ultratumba, que no obedecen más que al afán de figurar y al de mangonear en todo, disponiendo de lo que no es suyo, aprovechando los momentos en que parece de mal gusto oponerse á estas manifestaciones de entusiasmo porque están aún calientes las cenizas del insigne hombre público?

De política nada te digo, porque ni tú ni yo entendemos una palabra, hasta el punto de que nos veríamos muy apurados para decir sin apuntador los nombres de los ministros actuales.

Sin embargo, bueno será que te enteres de qué el porvenir se presenta incierto, como dicen todos los días los periódicos más formales. Unos creen que seguirá Azcárraga, otros que se arreglará lo de Romero Robledo, otros que Silvela entrará en la combinación, otros que Sagasta y la amplia autonomía están para caer de un momento á otro...

Á mí, en esta incertidumbre, me consuelan algo las idas y venidas de Polavieja, por la esperanza de que las instituciones se inclinan á ese lado, y nos le manden á Cuba á hacer otra sarracina como las de Novleta y Cavite, que, como recordarás, se consideraban inexpugnables y quedaron barridas de insurrectos en menos tiempo del que emplea en perseguirse un cura loco...

Claro está que estas ideas pugnan, al parecer, con las de nuestro con-

pañero *Clarín*, como, por lo visto, ha observado *Un curioso*. Pero este señor *curioso* no ha caído en la cuenta de que *Clarín* mira las cosas desde más alto, desde las serenas regiones de la idea de fraternidad universal, que no podemos menos de scariciar todos, y por lo tanto le repugna el derramamiento de sangre; mientras nosotros, que andamos hace un año por esos caminos, y hemos visto llegar á las arruinadas aldeas centenares de mozos muriéndose de tuberculosis ó de anemia, y avanzar trabajosamente, sostenidos por sus madres y sus hermanas, entre los ayes, los quejidos y las imprecaciones de todos sus convecinos, nosotros no podemos sustraernos á los deseos de venganza, y tenemos que pedir el exterminio rápido, brutal, completo de nuestros hermanos de la Pampanga y de la manigua, que desgraciadamente no emplean la persuasión para lograr su independencia, sino que la piden arrasando los campos y macheteando á los leales á la patria.

Y digo lo de Polavieja y apoyo mi opinión favorable á su manera de guerrear en el hecho indudable de que desde que él volvió de Filipinas y fué allí Primo de Rivera á inaugurar una era de conmiseración, *uniendo la acción política á la militar* y repartiendo indultos y merengues, los señores tagalos, conmovidos por el agradecimiento, han crecido como la espuma y... pasan á cuchillo á cuantos *castilas* les caen entre las manos.

Sin embargo de esto, ya verás tú cómo á la postre resulta que los generales que han sabido lo que se hacían en el Archipiélago han sido Primo de Rivera y Blanco, y que Polavieja no hizo allí más que disparates, como el fusilamiento del pobrecito Rizal, que á estas horas ya se habrían escapado de Chafarinas, como el otro.

Porque así se escribe la historia.

Y con esto no canso más. Diviértete todo lo que puedas mientras Palacio, Chaves y yo nos aburrirnos en estas soledades; sé fino con los portugueses, para que lo tengan en cuenta el día que vengan á conquistarnos, en lo cual nos harían un favor muy grande, porque al menos ellos saben zarrar de lo lindo á los indígenas de Lorenzo Márquez, y manda lo que quieras (menos escribir ot a carta) á este tu amigo que lo es,

Sinesio Delgado.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Un chico*.—Carece de novedad. No le importe á usted que rayan sólo dos líneas.

Sr. D. A. N.—Haya usted de las vulgaridades, porque, por ejemplo, aquello de

«Á medida que uno avanza  
y se va cargando de años  
se pierden las ilusiones  
y aumentan los desengaños»,

no tiene defectos graves, y además es verdad, pero es una verdad que ha dicho todo el mundo de distintas maneras.

*Solracalveir*.—Es bastante mediana, entre otras cosas porque tiene algunos versos mal medidos.

*Curidaca*.—¡Hombrel! (Un soneto á la memoria de Cánovas! Si he de decir la verdad, le estaba viendo venir de un momento á otro. Porque todos los que la emprendieron con Peral no podían perdonar al insigne estadista.

**Plumeros.**  
**Cepillos.**  
**Gamuzas.**

Completo surtido.

Precios ventajosos.

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

**PEDID**  
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS  
DE MAR Y RÍO  
Y MARISCOS

**Marca LA NOYESA**

DE J. CAAMAÑO Y C.<sup>ª</sup>

De venta en todos los ultramarinos.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPañIA COLONIAL**

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primera derecha

Teléfono núm. 2.180.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Impreso en las Hijas de S. G. Novales, Librería, 18 de Sep.<sup>ª</sup>